

SERMON

EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA, CELEBRADA EN EL
COLEGIO MAYOR DEL ROSARIO

Via, veritas, vita

Un mes há, con ocasión del Congreso Eucarístico Nacional, el homenaje más grandioso que ha tributado el mundo de Colón al Redentor, al Maestro que lo sacó de tinieblas y sombra de muerte para saciarlo con los dones de la civilización cristiana, se asoció el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario a la nación entera en los reales festejos, y le ofrendó a Jesús sacramentado la voz de sus oradores, las canciones de sus poetas, las inscripciones de sus epigrafistas, el adorno de su capilla, el corazón de maestros y discípulos; y en la magna procesión, en que no hubo ejercicio de fe en la presencia real, porque todos la veíamos con nuestros ojos, la sentíamos con todo nuestro sér, tuvo puesto de honor entre los servidores de Nuestro Amo celestial, llevando en hombros de sus colegiales la imagen de María, que bajó por única vez del trono desde donde preside hace tres siglos la educación de la juventud y por lo mismo los destinos de la patria, para acompañar, ella Reina de todas las edades, al Rey inmortal de los siglos vivo y verdadero, en la efigie bordada por una reina de Castilla para servir de patrona a los que han de ser príncipes, no por la hidalguía de la sangre sino por la nobleza de la mente y de las obras. Y hoy cuando festejamos a la Virgen María, y ocupa Ella el sitio preeminente del altar, entre aromas y resplandores de flores y cirios, desciende Jesucristo en cuerpo y alma de las alturas

celestiales al ara de esta capilla, para corresponder a la cortesía y cariño de su Madre, y enseñarnos que si acepta el triunfo en que lo aclama una nación entera, no desdeña las adoraciones humildes de un grupo de jóvenes que llevan el nombre y se ufanan con el patrocinio de la Reina del santísimo Rosario. Para los hijos de este claustro, fieles a su fundador egregio, las personas, los nombres, las imágenes de Jesús y de María son inseparables entre sí, en la inteligencia, en los efectos, en los homenajes; y no pensamos en la Virgen santa sino con el Niño Dios en los brazos, y nunca adoramos a Jesucristo como cuando le vemos sentado, mejor que en las alas de los serafines, en el único trono digno de EL, que es el regazo de su Madre.

Es el Colegio del Rosario, conforme a su instituto, congregación de gente noble, enderezada de primera instancia a la veneración de Dios, y de segunda al servicio de la patria, y tiene abiertas sus vivílicas aulas a los jóvenes que hayan de ser dechados del culto divino e ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos honoríficos que alcanzan en ella. Tenemos delante muy en alto una meta de gloria que es preciso tocar, como la alcanzaron los colegiales ilustres, nuestros predecesores, quienes, a semejanza de uno de ellos, el héroe del Bárbula, murieron todos con la frente erguida, los pies sobre las fortificaciones enemigas, la bandera tricolor en la mano, la fe en el corazón y la plegaria humilde y fervorosa en los labios.

Para alcanzar tan encumbrado termino necesitamos una vía, si empinada, recta y segura, alumbrada por los rayos de un sol que no conozca ocaso y que

infunda tal calor en nuestras venas, que el alma no desfallezca un instante, ni asustada por el peligro, ni lastimada por guijarros y abrojos, ni rendida a la fatiga de la lucha. Todo lo tenemos en Jesús, Señor nuestro, que es *el camino, la verdad y la vida*. Mas habemos menester un guía cariñoso que nos lleve por las fragosidades del sendero, nos levante cada vez que tropecemos, enjague con blandura el sudor de nuestra frente, nos hable dulces palabras que distraigan la fatiga, esfuercen el ánimo y pongan en el rostro la sonrisa de la alegría y la paz; una inteligencia amorosa que temple a los débiles ojos de la razón recién nacida los rayos refulgentes de la verdad eterna y nos dé la leche de los párvulos mientras llega el tiempo de brindarnos el pan con corteza de la suprema enseñanza; una madre que conserve y nutra la vida que recibimos de Dios, a quien invocamos cada día en la oración dominical: Padre nuestro que estás en los cielos!

En Nuestra Señora del Rosario tenemos el ángel que, mejor que Rafael a Tobías, nos conduce de la mano por el camino que va a la casa de la eternidad dichosa, que es nuestro solar paterno; en Ella, paciente y suavísima maestra que nos va iniciando paso a paso en los arcanos de la sabiduría divina; en Ella, madre más amante y más amada que la terrestre, con una ternura que no se reparte sino se multiplica a medida que se acrecienta el número de sus hijos, a quienes comunica y en quienes fomenta la vida inagotable dimanada de Dios, atesorada en María y repartida entre los hombres sin tasa y sin medida. Invocad conmigo a la Virgen Santa del Rosario. *Ave María.*

I

Sabiendo Jesús que no puede el viandante arribar seguro al término de la jornada con sólo que le expliquen de palabra o le dibujen en el papel las vueltas y asperezas del camino, sino que necesita ante sí un guía experimentado que con lo firme del andar, lo tranquilo de la palabra, la oportuna advertencia, el apoyo del brazo robusto, quite el temor del pecho y evite los extravíos, demoras y caídas, no se contentó con enseñarnos en sus predicaciones y dejarnos trazada en las páginas evangélicas la vía de la perpetua bienandanza, sino que la recorrió paso a paso, delante de nosotros, de la cuna al sepulcro, invitándonos a menudo como a sus apóstoles: *Venid en pos de mí*, y confortándonos, si el valor desfallece, con estas voces dulcísimas: *Nolite timere: ecce vobiscum sum*. Nada temáis, mirad que yo estoy con vosotros.

Jesucristo, modelo insuperable, porque su santidad es la de Dios, se hizo accesible a nosotros al tomar la humana naturaleza y al llamarse Hijo del hombre, no obstante proclamarse Hijo de Dios, uno mismo con el Eterno Padre. En la imitación del Redentor hay el hondo arcano, que se percibe quedando inexplicable, de que los santos, que distan del ejemplar divino cuanto la tierra del cielo, la perfección finita del piélago sin límites ni orillas, sean menos fáciles de seguir que el Maestro celestial; y más accesible al cristiano la pobreza del Señor Jesús que la de San Francisco; su mortificación que la de San Pedro de Alcántara; su caridad que la de San Juan de Dios; su celo que el de San Francisco Javier.

Mas la santidad de Cristo, por humana que sea, no deja de ser divina, y EL, para acercarla más a nosotros, puso en María virtudes tan fáciles de practicar como las suyas, pero limitadas, al fin como de una criatura, aunque superiores a las de los santos, cuanto excede la dignidad de la madre a la humildad del siervo. Y del propio modo que el artista, antes de consentir que su discípulo imite directamente los cuadros del pintor de Urbino, le obliga a copiar los diseños que dejó el maestro en sus cartones inmortales, así Dios, para que sigamos más fácilmente las huellas de Jesús, nos propone los vestigios de los pies virginales de María.

Esos, los contemplamos cada tarde, al meditar, más con afectos del corazón que con discurso de la mente, los misterios del santísimo rosario, principian-do por el idilio de la anunciación, pasando por la que la Iglesia llama la divina catástrofe del Calvario, y terminando con el magnífico triunfo de la Virgen, al ser coronada reina de todo cuanto existe. El ejemplo de las virtudes de nuestra Madre celestial hizo brotar de la sociedad romana la flor de la virginidad con que se engalanaron Ineses y Cecilias, como nace de acervo corrompido el tallo de una azucena blanca que embalsama el ambiente; produjo la fortaleza pasiva y regocijada del martirio; la soledad de los anacoretas, acompañada de la divina intimidad y presencia; el celo de los sacerdotes no por su honra, sino por la gloria del Creador.

Cuando las nubes se encrespan y acumulan en el cielo del alma y no alcanzan a traspasarlas los rayos de la prudencia humana, se disipa la cerrazón obscura si el cristiano se pregunta: ¿Qué haría la Virgen

en caso semejante? Si el huracán de la tentación ruge con ímpetu violento, y la voluntad ya casi se doblega, yérguese con sólo decirse: ¿Qué dirá María si yo sucumbo? El espíritu punzado por el dolor o saturado de tristezas, siente alivio y aun celestial dulzura con sólo exclamar: ¡Oh, Madre mía! Y en la pugna por la verdad y la justicia, heridos y cansados, cobramos nuevo y redoblado brío al pensar en la Reina del Rosario que venció a los albigenses en Tolosa y los agarenos en Lepanto.

II

La vía que conduce al cielo está iluminada por una lumbre indeficiente que se llama la verdad, y que es, como lo sabéis vosotros, discípulos de Santo Tomás, el reflejo de las ideas del entendimiento divino, en las criaturas, las cuales, a su turno, alumbran la humana inteligencia, como en nuestras noches de diciembre baña la luna los valles de la tierra con los esplendores que ella recibe del sol. Entre la verdad natural, que es huella de los pasos de Dios, y la revelada, que es la manifestación de su Verbo, no hay discordancia; ni tampoco entre la razón que es, al decir de Santo Tomás, participación de la luz divina en nosotros, y la fe, que es el asentimiento a la veracidad de Dios; sino que se ayudan y completan, como el cuerpo y el espíritu en el hombre. Toda verdad dimana de la sabiduría increada, y la sapiencia de Dios es su Verbo, y el trono del Hijo encarnado es su Madre inmaculada; y por eso, cada día y hora, al principiar nuestros estudios, la imploramos con la invocación *Sedes sapientiae*.

Al leer y profundizar las páginas del Evangelio, se siente, se adivina en la narración la enseñanza personal de la Virgen, en las íntimas escenas del coloquio con el ángel, la visita a Isabel, el pesebre, la fuga, la vida del taller de Nazaret, de que los apóstoles no fueron testigos; y en aquella frase: María conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón. Ella fue la maestra y consejera de los apóstoles, Ella la razón de los primeros solitarios, Ella la norma de las vírgenes cristianas, la luz de los padres y doctores: de San Efrén, narrador de sus excelencias; San Cirilo, defensor de su maternidad divina; San Bernardo, orador de sus grandezas; Jacopone y San Buenaventura, poetas de sus dolores y sus glorias.

El cántico más elocuente, más sublime y profundo de la Escritura Sagrada es el *Magnificat*, improvisado por María al responder el saludo de la madre del Bautista; y las pocas palabras suyas referidas en el Evangelio, compendian por modo tal el dogma y la moral cristianos, que su sola meditación bastaría a llenar la vida de un santo, las vigiliias de un padre de la Iglesia.

Al soplo del amor a Nuestra Señora del Rosario, surgió este Colegio Mayor del desierto intelectual de una colonia incipiente, magno desde su origen, equiparado por méritos propios y por concesión de los reyes de Castilla a los colegios españoles de estatuto, enriquecido por la magnificencia de Torres y Masús-tegui, ilustrado por la ciencia de Mutis y de Caldas, por las hazañas de sus héroes glorificado, y ungido con la sangre de sus hijos, mártires de la patria.

Los hijos de este claustro sabemos por experiencia diaria cómo el recuerdo y la invocación de María hacen claras las oscuridades de la ciencia, dulces las penas escolares, descanso las fatigas, paz las inquietudes, jardín florecido el valle de las lágrimas. María, que fue la creadora del Colegio, lo conserva a través de tiempos y mudanzas, igual a sí mismo en sustancia, abierto a todo legítimo progreso, y lo ha tocado de la eternidad de que Ella participa.

Es Nuestra Señora del Rosario, comparada por nuestro Fundador, de acuerdo con las bíblicas parábolas, a ejército formado en batalla, a torre fortísima de que penden mil escudos y los férreos arneses de los guerreros, la que nos brinda las cortantes armas de la filosofía tomista, no para luchar con enemigos nuestros, que el cristiano no puede tenerlos, sino con los errores de nuestros hermanos extraviados, y acallarlos unas veces, y otras convertirlos de discípulos de la mentira en ardorosos soldados de la cruz. Mas tened presente que esas armas, invencibles cuando se manejan desde el campo cristiano contra la incredulidad y la herejía, se truecan en espadas de madera y fusiles de caña, si se esgrimen desde las filas adversas contra los escuadrones de Cristo.

III

Sendero directo, conductor sabio y pródigo, luz que no muere, ¿de qué sirve todo ello en la jornada si no hierve en nosotros poderoso aliento de vida? ¡Oh, la vida! ¡Soplo de la boca del Creador, atributo el más noble del sér, fundamento de la escala de perfección en lo que existe, origen de las acciones su-

periores, razón de la belleza, centro de unidad, bien sumo, atributo soberano del espíritu, esencia del Supremo Hacedor ! Es la vida un principio de actividad, pero intrínseco, continuo, inmanente, que tiene a un tiempo mismo por causa y por objeto el sér en que reside. Tan necesaria es a la hermosura del universo, que los seres que de ella carecen la remedan, y los luceros pestañean, y rugen los volcanes; y el viento al pasar por la arboleda y el agua al correr por el cauce, cantan, murmuran, sollozan.

No voy a hablaros de la vida rudimentaria de las plantas, ni de la más perfecta del bruto, que percibe, anhela, espontáneamente se mueve; ni siquiera de la racional, que permite al hombre, más débil que todas las criaturas, dominar el universo entero; prescindo de los espíritus creados y quiero ascender con vosotros, en alas de la inspiración del Discípulo amado, a la fuente suprema e inextinguible de la vida.

El sér de Dios es vida, porque es acción intrínseca, continua, inmanente. El es inteligencia soberana que se conoce, y se comprende, y habla; y esa palabra suya, que EL engendra, es su Verbo substancial, es su Hijo único. La inefable generación divina es acción constante, por ser eterna, y la eternidad no pasa: *en el principio ya era el Verbo*; es acción intrínseca, porque *el Verbo estaba en Dios*; es inmanente, porque *Dios era el Verbo. In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum*. El Padre, así como lumbre de verdad infinita, es caridad por esencia: *Deus caritas est*, y el Hijo, que es úno con su Padre, es amor; y de aquel fuego encendido procede por inspiración el Santo Espíritu, con

acción eterna, intrínseca e inmanente, porque la tercera Persona es Dios con el Verbo y con el Padre.

Con aquella vida, que es la esencia misma del Soberano Señor, se identifican sus atributos: la inteligencia y la voluntad, la ciencia y el amor, el poder y el realizar, la justicia y la clemencia; y ella es la santidad de Dios, y ella es su felicidad inenarrable e infinita. Mas, al paso que en las criaturas la vida y la acción que de ella dimanar son movimiento y mudanza, en Dios son estabilidad, e inmutable reposo. EL es, como dijo nuestro maestro Aristóteles, *motor inmóvil, acto puro*, y como añadió Fray Luis de Granada, comentando a San Agustín, secretísimo y presentísimo, estable e incomprensible, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, todo lo hinche sin estar encerrado; y es grande sin cantidad, inmenso y bueno sin cualidad, y ni tiene definición que lo declare, ni género que lo comprenda, ni lugar que lo determine, ni nombre que lo signifique por su propio concepto.

De esa vida suya quiso hacer Dios partícipe a su criatura racional, porque se enamoró de nosotros, porque se le apegó el corazón al hombre, según expresión de Job; y se la infundió a nuestro primer padre, y cuando Adán, no contento con la herencia, quiso hurtar el tesoro y todo lo perdió, el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana para hacernos consortes y partícipes de la naturaleza divina. Se nos comunica la vida por un dón que se llama la gracia, y es infusión del Espíritu Santo, inocencia y resplandor del alma, sello del rostro de Dios sobre nosotros, filiación del

Creador, hermandad con Cristo, título y anticipación de las riquezas inmortales.

La humanidad del Verbo se formó en el seno de la Virgen, la sangre que corrió en el Calvario de las heridas de Jesús fue sangre de María, y Ella es la llave de los tesoros de la redención, la dispensadora de la gracia y la prenda de la gloria. El hijo tiene el sér de quien se lo dio; Nuestra Señora es hija de Dios Padre y es madre de los hombres, y todo cuanto recibe lo transmite, y así como recibe sin tasa, regala sin número y sin medida.

Ella es guía, maestra, madre de sus hijos del Colegio del Rosario, del rosario suyo, por Ella enseñado a Santo Domingo, y que es arma de sus victorias y canal de sus misericordias y dádivas. Parece como si a la marcha del claustro de Nuestra Señora estuviera vinculada la suerte de la patria. Se alzaron estos muros, y reinó la paz en la colonia, antes revuelta; brilló en estas aulas el sol de José Celestino Mutis, y se iluminó el Nuevo Reino de Granada; prendió en aquel patio el fuego de la libertad, y nació Colombia libre; se hizo noche en el Colegio de Rosario y se oscureció la república, amaneció el día de las enseñanzas toministas aquí, y fue la luz en todos los ámbitos de la nación, adivinada por Nariño y emancipada por el genio de Bolívar.

Por eso, cuando en momentos de angustiosa expectativa para el cristiano y el patriota, se alzó en el centro del claustro viejo la efigie en bronce de nuestro Fundador insigne, revestido del hábito de Santo Domingo y Santo Tomás, con la corona sacerdotal en las sienes, el rosario pendiente de su cingulo, la

cruz arzobispal en el pecho, las intangibles constituciones en una mano, y el ademán de amparo en la otra, mi corazón, antes oprimido, respiró tranquilo y seguro. ¡ Oh! ¡ Fray Cristóbal no viene, traspasando los mares, a contemplar la ruina de su labor tres veces secular; y si el Colegio del Rosario se salva, Colombia no perece! Ya veis que las almas de los ignorantes saben, en ocasiones, llevadas por el corazón, adivinar lo por venir.

Vuestro actual indigno Rector pasará porque es carne, como el heno que se marchita, como sombra que se desvanece, como estela del navío que corta las ondas; y a vosotros toca conservar y acrecer la tarea de tres centurias de gloria. Dios y Colombia han de ser vuestros ideales, vuestros supremos amores; y mientras conservéis a Nuestro Amo en el Sagrario, a la Bordadita en el altar, las cenizas de Fray Cristóbal en su tumba, su imagen en el claustro, la doctrina de Santo Tomás en las aulas y las mentes, y el honor y la libertad en el pecho, el Colegio del Rosario vivirá y ascenderá sin cesar, y tendrá Colombia vida y adelanto que hagan de ella la reina de las naciones americanas.

¡ *Sursum!* ¡ *Excelsior!* A mí ya no me queda sino lo pasado. Lo por venir es vuestro!

RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA

Octubre, 1913.